



Los Cátaros, en el Nacional de Cámara del Español, de Madrid. Arriba, el coro; bajo estas líneas, el Colón idealista-oportunista de Alberto Miralles. En la página de la derecha, los Reyes Católicos jugando una partida de ajedrez y, en la parte inferior, el almirante derrumbado a los pies del Rey.



LOS CÁTAROS

UNA FORMULA
SIN PUBLICO



Al golpear el macero las tablas del Español para que se levante el telón, se magulla un pie y tiene que retirarse cojeando. A partir de este momento, nadie puede esperar ni exaltaciones colombinas ni mitificaciones históricas a las que tan proclive ha sido un tipo de teatro y esa historia fantástica que nos han enseñado desde niños. El Colón de los Cátaros terminará derrumbado ante un Fernando el Católico cínico y realista. Es la historia de todos aquellos que se embarcan en empresas idealistas utilizando todo tipo de oportunismos.

Al margen de la obra, ya analizada por nuestro crítico José Monleón, cabe señalar la eficacia de los Cátaros. Se han propuesto desterrar "la calma, la ausencia o el bostezo", y lo han conseguido. Por otra parte, ha quedado claro que la fórmula de este grupo pide a gritos romper con el cascarón de un teatro, salir a la calle, buscar públicos inéditos.

Los coros, los movimientos, la introducción de canciones, la técnica de subordinación del texto y el trabajo del actor a la intención, exigen el público masivo, el mismo que llena los estadios y se aprieta en el "metro". Los Cátaros han conseguido, después de muchas horas de investigación, un lenguaje "asimilable", como ha escrito Miralles, su director y autor del "Colón".

El lenguaje ya está. Falta el público y, seguramente, las obras.

(Reportaje gráfico: Martínez Parra y Jorge Rueda)

